

*Situación del ejército de Aníbal después de atravesar los Alpes. – Toma de Turín. – Arenga de Aníbal antes de la batalla del Tesino.*

Conocemos ya el número de tropas con que Aníbal penetró en Italia. Su primer cuidado, luego que llegó, fue acamparse al pie de los Alpes para dar descanso a los soldados. Las subidas, bajadas y desfiladeros de las cumbres de estos montes habían no sólo deteriorado notablemente el ejército, sino que la falta de víveres y desaliño de los cuerpos lo habían desfigurado enteramente. Hubo muchos a quienes el hambre y los continuos trabajos hicieron despreciar la vida. Pues a más de que tales lugares imposibilitaban el acarreo de comestibles que bastase a tantos miles, de los una vez transportados, con la pérdida de la acémila se perdía ya la mayor parte. De aquí provino que el que había salido del tránsito del Ródano con un ejército de treinta y ocho mil infantes y más de ocho mil caballos, en la cordillera de los Alpes había perdido, como hemos mencionado, cerca de la mitad, y ésta a la vista y demás apariencia tan desmejorada por los continuos trabajos, que parecía una tropa de salvajes. Por eso, el principal cuidado de Aníbal se redujo a cuidar de estas gentes, para que recobrasen el espíritu y fuerzas tanto ellos como los caballos.

Una vez que el ejército se hubo restaurado, intentó primero atraer a su amistad y alianza a los taurinos, pueblos que, situados al pie de los Alpes, sostenían entonces una guerra con los insubrios, y recelaban de la fe de los cartagineses. Pero no teniendo efecto sus insinuaciones, puso su campo alrededor de la capital de esta nación y la tomó a los tres días de asedio. Pasó a cuchillo a todos los que se habían opuesto, con lo que infundió tal terror entre los bárbaros de la comarca, que todos vinieron al momento a ponerse en sus manos. El restante número de galos que habitaban aquellas campiñas hubiera sin duda apetecido unirse con Aníbal, tal como en el principio lo había proyectado; pero prevenidos e impedidos la mayor parte de ellos por las legiones romanas, y precisados otros a seguir su partido, gustaban del reposo. A la vista de esto, Aníbal decidió no detenerse, sino marchar adelante y ejecutar alguna acción que asegurase la confianza de los que deseaban unir con él su fortuna.

Éste era su propósito cuando tuvo la noticia que Escipión había atravesado el Po con sus legiones y se hallaba cerca. De momento no dio crédito a estos rumores. Se acordaba de que pocos días antes había dejado a este cónsul a las márgenes del Ródano; reflexionaba que la navegación desde Masalia a Etruria era larga y peligrosa, y estaba informado que el camino desde el mar Etrusco a los Alpes por Italia era largo y penoso para un ejército. Pero confirmándose más y más la noticia, admiró y extrañó el empeño y diligencia del cónsul. Lo mismo sucedió a Escipión por su parte. Al principio no se podía persuadir que Aníbal emprendiese el paso de los Alpes con un ejército compuesto de tan diversas naciones, y dado que lo intentase, se presumía que hallaría su ruina sin remedio. Pero cuando estando aún en estos discursos supo que Aníbal había llegado salvo a Italia y que ya tenía puesto cerco a algunas de las ciudades, se asombró de la audacia e intrepidi-

dez de semejante hombre. El mismo terror se sintió en Roma a la llegada de estas noticias. Apenas atento a las últimas nuevas que habían arribado de la toma de Sagunto, se había tomado la providencia de enviar un cónsul al África para sitiar la misma Cartago, y el otro a España para oponerse allí a Aníbal, cuando he aquí que llega la noticia de que Aníbal se halla dentro de Italia con ejército y tiene ya puesto sitio a algunas de sus ciudades. En medio del sobresalto que causó esta inopinada nueva, se envió un correo inmediatamente a Lilibeo para informar a Tiberio de la llegada de los enemigos y suplicarle que pospuestos todos sus proyectos viniese cuanto antes al socorro de la patria. Tiberio, reuniendo al momento su marinería, le intimó la orden de dirigir el rumbo hacia Roma, y a los tribunos que marchasen con las tropas de tierra, fijándoles el día en que habían de pernoctar en Rímini. Es ésta una ciudad situada sobre el mar Adriático, al extremo de las llanuras del Po hacia el mediodía. Una conmoción tan universal y concurrencia de acasos tan imprevistos había puesto a todos en la mayor inquietud sobre lo que ocurría.

Para entonces, aproximándose ya Aníbal y Escipión uno al otro, empezaron a animar cada uno a sus soldados y ponerles a la vista lo que convenía a las presentes circunstancias. De un modo semejante exhortó Aníbal a los suyos. Reunió el ejército e hizo traer a los jóvenes cautivos que le habían incomodado en el tránsito de los desfiladeros de los Alpes y habían sido hechos prisioneros. Es de suponer que para tenerlos dispuestos a su propósito los había tratado con dureza, ya teniéndolos en duras prisiones, ya hostigándolos con el hambre, ya macerando sus cuerpos con azotes. En este estado, los hizo sentar en el centro y les presentó las armaduras gálicas con que sus reyes acostumbraban adornarse para entrar en un combate particular. A más de esto les puso delante caballos e hizo traer vestidos muy costosos. Después les preguntó quiénes de ellos querían luchar uno contra otro, con la condición de que el vencedor había de tener por premio los despojos presentes, y el vencido muriendo se eximía de los males actuales. Habiendo todos clamado y pedido que querían entrar en la lid, mandó echar suertes, y a los dos en quienes cayese se les armase y se batiesen. Luego que los jóvenes escucharon esta orden, cuando levantando las manos pedía cada uno con ansia a los dioses fuese él del número de los escogidos. Apenas se hubo publicado el sorteo, los elegidos se alegraron en extremo, y los otros al contrario. Terminado el combate, los restantes cautivos felicitaban igualmente al vencido y al vencedor, como que se habían libertado de infinitas y graves penas que les quedaban aún sufrir a ellos. El mismo efecto hizo este espectáculo a los cartagineses, que haciendo comparación entre el muerto y la miseria de los que veían llevar vivos se compadecían de éstos, al paso que reputaban a aquél por venturoso.

Aníbal, habiendo con este ejemplo impresionado en el ánimo de sus tropas aquella disposición que se había propuesto, salió al centro de la asamblea y dijo: «Ved aquí por qué os he presentado estos prisioneros, para que la vista eficaz de la condición de los infortunios ajenos os haga consultar lo mejor sobre vuestro estado presente. A igual combate y situación os ha reducido la fortuna, e iguales son los premios que ahora os presenta. Es preciso o vencer, o morir, o vivir bajo el yugo de los contrarios. El premio de la victoria es, no caballos y sayos, sino dueños de las riquezas romanas, llegar a ser los más dichosos de los hombres. Si pe-

leando y combatiendo hasta el último aliento os sucede algún fracaso, sin saber lo que son las miserias, vendéis la vida como buenos por la empresa más honrosa. Pero, si vencidos por amor a la vida volvéis la espalda o tomáis otro cualquier medio para salvaros, no habrá males ni desdichas que no os sobrevengan. Yo no creo haya alguno tan necio ni mentecato que, al considerar el largo camino que ha recorrido desde su casa, al acordarse de tantos combates ocurridos en el intermedio y al representársele los caudalosos ríos que ha pasado, fie en los pies el volver a su patria. En este supuesto es preciso que, depuesta del todo tal esperanza, forméis de vuestra fortuna la misma idea que poco ha hicisteis de los acasos ajenos. Así como de los prisioneros aplaudisteis de igual modo al vencedor y al vencido, y tuvisteis compasión de los que quedaron con vida, el mismo concepto debéis hacer de vuestra suerte y entrar en la batalla con el ánimo, lo primero, de vencer, y cuando esto no se pueda, de morir, pues una vez vencidos no resta recurso alguno de vida. Si os echáis estas cuentas y tenéis estos ánimos, conseguiréis sin duda el vencer y vivir. Jamás desmintió la victoria a hombres que, o por gusto o por precisión, entraron en la lid con tal propósito. Aparte de que cuando los enemigos tienen los sentimientos contrarios, como ahora los romanos, que por caerles cerca su patria aseguran la salud en la huida, es indudable que no podrán tolerar el ímpetu de una gente desesperada». La tropa aplaudió el ejemplo y el discurso, y se revistió del espíritu y presencia de ánimo que el orador apetecía. Entonces Aníbal, después de haberles elogiado, intimó la marcha para el día siguiente al amanecer, y despidió la junta.